

Castejón: Una poética de la transformación

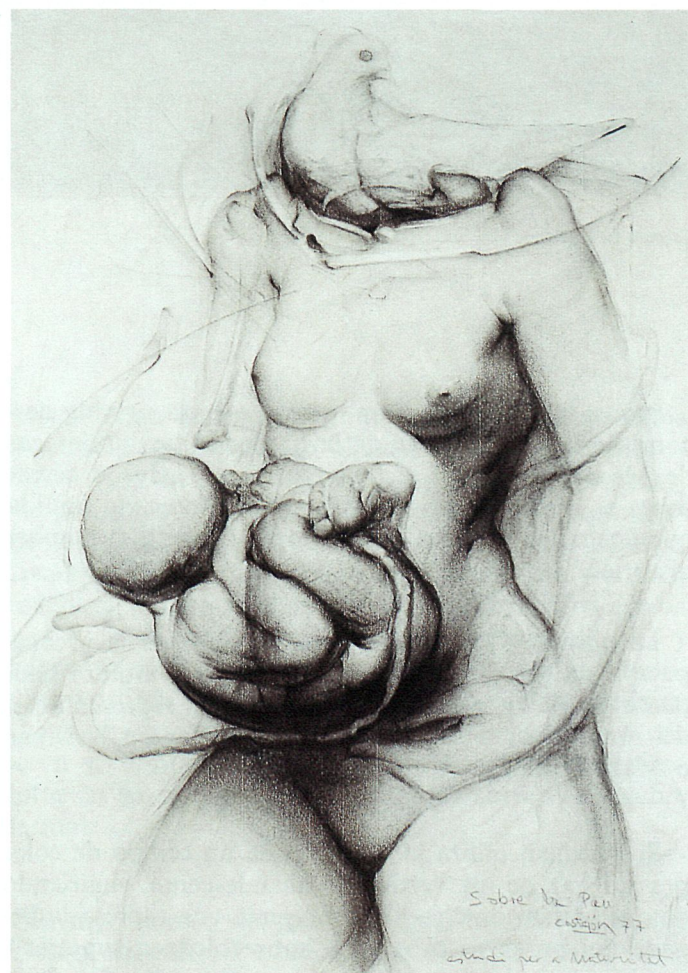
MAITE CABRERA

El aura que envuelve la obra de Castejón nace de la particular insurrección de sus sentidos en las impetuosas manifestaciones de su mundo interior que, en una demostración prolija e incansable, nos viene ofreciendo en las últimas décadas peculiares razonamientos plásticos, que certifican un singular camino de reflexión y acción artística, significado por su radical y comprometida concepción del dibujo, donde se comporta como un iniciado. Castejón alcanza en este soporte un grado de sublime liturgia, como si celebrara su eterna resurrección, en medio de una atmósfera que es capaz de entornarnos.

Una referencia imprescindible para acercarnos al universo de Castejón es su arqueología de la tragedia, de sus cuerpos agujereados, en las contorsiones insostenibles e imposibles de sus metamorfosis, que son la crónica plausible de su propia vida.

Hay, en principio, en esta vertiente trágica de su obra, un distanciamiento que le hace cómplice de cierta ironía y desmitificación. No obstante, Castejón es un artista que instaura su propio alfabeto, sensible a motivos que aglutinan preocupaciones sobre distintos ámbitos y sensibilidades que han confluído en su discurso para ir estructurando una poética a veces lacerante y en ocasiones de sublimación de sus criaturas cósmicas.

Parece inevitable conceder que uno de los logros de Castejón, viendo el conjunto de su obra, ha sido la consecución de su personal orden universal, su visión del estado de las cosas, la narración apasionada y lúcida de su poemario mutante.



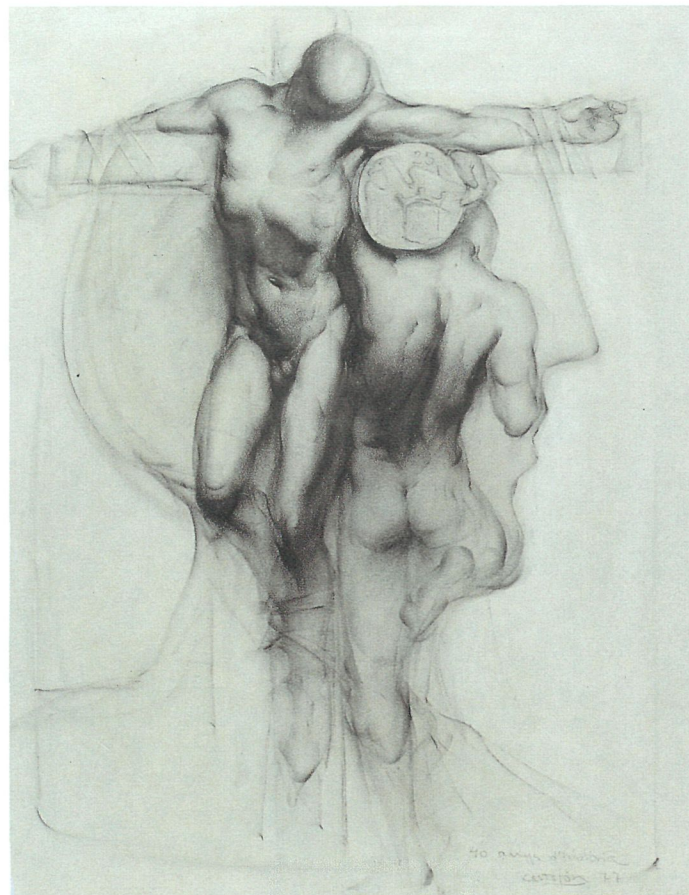
Castejón. *Dona de la Pau*. 1977. Vax/Pap. 70×50 cms.

Castejón. *L'Home de la Pau*. 1978. Ceras sobre papel. 70 x 50 cms.





Castejón. *Retrat de Paca*. 1987. Vax/Pap. 70×50 cms.



Castejón. *Empresari*. 1977. Cera/Papel. 70×50 cms.

Los símbolos que convoca para sus sacrificios y cultos, en un verdadero proceso de exaltación de sus ceremonias son paradójicamente críticas, maldiciones y plegarias, condenas y consagraciones, tragedias y gozos. La sacralización de sus representaciones dramáticas ha sido un vehículo para acceder a un espacio de extensión espiritual, de cumplimiento, que le arroja a un territorio cuyos límites son los del cosmos.

Las figuras de Castejón, son el fruto madurado del tiempo, una antología salvaje de sucesos y acontecimientos que tienen su escenario en sus experiencias con el cuerpo y las tinieblas, en la memoria viva de la lucha por las superficies plurales de la máscara, bajo la percepción de un complejo y fecundo ingenio que subraya la emocionalidad y significación de sus símbolos.

Castejón es un artista con señas de identidad que enraizan en la literatura, en el reconocimiento elocuente y sincero que tributa a sus poetas y escritores predilectos, a los que convierte en parte activa de su obra, como crónicas dibujadas, en forma de respuestas y en testimonio de admiración y deuda hacia el mundo de las letras.

Castejón forma parte de esa reducida tradición de artistas que dan prioridad a la trascendencia del desarrollo espiritual de su discurso, a los impulsos y fenómenos que rodean y constituyen la festividad culta y pagana de su poética de la transformación.